

## EL CULTO AL EMPERADOR

El culto imperial, tributado a los emperadores del imperio romano, primero después de muertos, y luego estando aún vivos, es un fenómeno que marcó especialmente el desarrollo del movimiento cristiano en su primer siglo de vida y que actualmente ha pasado a ser de interés especial para los estudiosos y para cierto círculo de lectores, interesados en las relaciones entre el cristianismo primitivo y el culto al emperador, al considerar que nuestra sociedad globalizada es bastante parecida a la sociedad del imperio romano del siglo i dC. Que Jesús, un crucificado por el omnímodo poder imperial, fuera exaltado hasta el trono de Dios y proclamado Dios único y verdadero como el Dios del judaísmo, y que esto lo hagan algunos de los propios judíos, y también muchos paganos, es algo que llama poderosamente la atención de cualquier interesado en la religiosidad de los pueblos. Pero también llama asimismo la atención el hecho de la rapidez y la fuerza con que se extendió en el imperio romano este hecho, a pesar de ir contra corriente de la propaganda del culto al emperador, promovida por asociaciones fundadas para este fin, especialmente en toda el Asia Menor. Explicar las razones por las que se abrió paso el hecho de que un crucificado sea aceptado como el Dios que se hizo carne, que habitó entre nosotros, que murió y resucitó al tercer día y que fue exaltado hasta sentarse en el mismo trono de Dios Padre en un mundo en el que se promovía especialmente el culto a emperador vivo, es la pretensión de este trabajo que pongo en manos de los lectores de Religión y Cultura.

RAFAEL DEL OLMO VEROS, OSA•

### INTRODUCCIÓN

Muchos soberanos del antiguo oriente se consideraron “hijos de dios” y, desde su origen, los griegos creyeron que los hombres superiores al común de los mortales participaban de los poderes de los dioses, mien-

---

• Rafael del Olmo Veros es agustino y licenciado en Periodismo.

tras que a sus soberanos los honraban con cultos religiosos por la esplendidez y munificencia con que trataban a sus ciudades. Cuando se produjo en Grecia la expansión a ultramar, los fundadores de las colonias fueron convertidos en héroes después de su muerte, especialmente Alejandro Magno, y eran objeto de un culto que comprendía sacrificios, banquetes y, ocasionalmente, juegos. Así estos héroes fundadores alcanzaban una dimensión divina. Pero este culto que los griegos daban a sus soberanos no era tanto a su persona como a lo que habían hecho en favor de su ciudad, de lo que dependía su existencia. Además, este culto se dirigía, más bien, a personajes ya muertos, que habían entrado en el mundo de los dioses. Por otra parte, las grandes monarquías orientales —selúcida y lágida— fomentaron el culto dinástico, en el que se encontraban asociados el soberano y la esposa real. Tales manifestaciones oficiales se completaban con honores que las ciudades votaban espontáneamente y con ceremonias realizadas por asociaciones privadas, en las que participaban entusiastas y partidarios de la realeza.

El Imperio romano, que había surgido poco antes del nacimiento de Cristo con Augusto (año 29 aC), abarcaba todos los países bañados por el mar Mediterráneo, y se extendía por gran parte de Europa y Asia Menor. Entre sus características principales estaban una sólida unidad político-cultural y un gran pluralismo religioso, pues Roma nunca intentó imponer su religión a los pueblos que iba conquistando. Sin embargo, Augusto, buscando una mayor cohesión para el imperio que acababa de fundar, intentó revitalizar las creencias y los ritos religiosos tradicionales con apoyos institucionales y nombrando sacerdotes a miembros de las familias más importantes de Roma, aunque sólo consiguió organizar el culto oficial a los dioses romanos sin que el pueblo participase de él cordialmente, quedándose en un ritualismo formal y puramente exterior. Poco antes de Augusto, ya Cicerón en su obra *De la naturaleza de los dioses* denunciaba claramente la situación mortecina y deteriorada que presentaba la religión tradicional.

Cuando los reyes y las ciudades del mundo helénico perdieron su poder o lo cedieron a Roma (p.e. Atalo II), empezaron a dar a la diosa Roma y al emperador el culto que antes rendían a sus dioses locales. Y así, especialmente en Asia Menor, se levantaron templos y se instituye-

ron cultos en honor de la diosa Roma y con ellos los pueblos de aquellas latitudes quedaron fascinados como en embriaguez morbosa ante el esplendor del imperio. La explotación económica y la represalia eran las dos armas más poderosas con las que contaba el poder cultural (para el Apocalipsis *la bestia de la tierra*, 13,11) para persuadir a la gente a que participase en el culto imperial. El dominio político de Roma crecía y era sostenido por la religión imperial, que el autor del Apocalipsis califica como la *idolatría de las naciones* (18,3).

## 1. EL CULTO IMPERIAL

El culto a los soberanos orientales lo recogieron después los emperadores romanos, que se hacían adorar como seres divinos en las provincias ya en vida, y también en Roma, después de su muerte, bajo la forma del culto providencial de Roma y Augusto, sostenido por las asociaciones augustales. Este culto, constantemente intensificado por sus sucesores, que buscaba robustecer la autoridad imperial, tuvo una gran repercusión política, causó dolorosos conflictos al cristianismo naciente y desembocó en el bajo imperio –con un ceremonial muy minucioso– en una verdadera sacralización de la persona del emperador, dándole el llamado *culto imperial*.

El culto al emperador no iba ligado a ninguna religiosidad viva y personal; pero expresaba quizá una integración social: para la población dependiente, era la posibilidad de manifestar en forma religiosa la lealtad política; y para la clase dirigente, era el modo de dar al imperio romano un aglutinante religioso, pues allí donde el emperador era adorado, había una concordia suprarregional. Y así, el culto imperial se integraba con facilidad en la vida cívica y social del siglo I dC.

El culto al emperador fue promovido sobre todo por los triunfadores en la política, en la sociedad y en la milicia; luego por los pro-hombres de las provincias y los libertos con buena estrella y fortuna; también por los príncipes clientes que alcanzaban el poder, como Herodes el Grande, rey de Judea, que hizo dar culto al emperador en sus dominios de Cesarea y Sebaste; y, finalmente por el estamento militar de las

legiones romanas, que portaban la imagen del emperador en sus lábaros y estandartes como expresión de lealtad política y de relación especial con su soberano. En realidad, el ejército era el cliente social del emperador y abría ciertas oportunidades, aunque limitadas, de ascenso. Por tanto, el culto al emperador lo apoyaban los grupos movilizados hacia el futuro, junto con los círculos tradicionales de notables locales, que así exhibían su inserción en una aristocracia suprarregional del imperio.

El culto imperial se traducían en homenajes, honores y fiestas dedicadas al emperador, que estaban ampliamente extendidas y dominaban la vida pública, especialmente en Grecia y Asia Menor; y así, a través de todas estas formas, los habitantes de las provincias del Imperio expresaban su fidelidad hacia la persona del emperador y hacia el imperio mismo, lo que, de paso, provocaba una continua y feroz competencia entre las ciudades del Imperio por manifestar más plenamente su lealtad hacia los miembros de la familia imperial.

Todo este culto imperial implicaba una ideología política, configurada a su vez por una propaganda, que proclamaba que con el emperador y su gobierno había llegado la salvación, la paz, la seguridad y la felicidad para el mundo entero, lo que reclamaba del ciudadano romano una fidelidad como expresión de su lealtad al imperio, manifestada en su participación en las diferentes ceremonias religiosas en honor de los dioses estatales, locales y familiares y, especialmente, del emperador. De ahí que al emperador se le erigiesen monumentos arquitectónicos, como templos, arcos triunfales, columnas y estatuas, se fomentasen festivales y juegos en su honor en las principales ciudades y se extendiese la literatura oficialmente protegida. Todo ello pretendía justificar la legitimación política de la nueva forma estatal del imperio, pues al ser nueva necesitaba tal justificación. En definitiva, erigir un nuevo culto religioso al emperador llenaba plenamente esa legitimación y esa justificación. El culto al emperador, además, fue suprimiendo paulatinamente, durante el siglo I, las diferencias entre los soberanos y el Dios supremo. Algunos individuos y ciudades estimaban tanto los beneficios de los emperadores que comenzaron a llamarlos *salvadores del mundo*.

El culto al emperador, que se estuvo preparando desde el tiempo de César, deificado después de su muerte, alcanzó su plenitud en tiempos de Calígula, que pretendió en el año 40 introducir en el templo de Jerusalén la estatua de Zeus esculpida con sus propios rasgos<sup>1</sup>; y en los tiempos de Claudio, a quien ya invocaban como *salvador del mundo* en los años 49-53, aunque bien es cierto que él siempre rechazó los honores religiosos imperiales. No así Nerón (54-68) y Domiciano (81-96), que ya en vida se autoproclamaron dioses y reclamaron los honores debido a la divinidad. En Limerys (Asia Menor), se encontró una inscripción (aunque el nombre está borrado) que se refiere a Domiciano (81-96) con la serie de títulos del emperador, en la que puede reconstruirse la palabra *salvador* a la que sigue claramente *del mundo*. En tiempos de Adriano (117-138) los testimonios son más abundantes. Al ir a Roma para tomar posesión del imperio, por ejemplo, en Ancira (Turquía) el sacerdote del culto imperial distribuyó dinero entre la población para que dieran culto a Adriano, y una embajada de jóvenes perteneciente a la élite de Pérgamo llegó a felicitarle y tributarle honores divinos por su reciente nombramiento como emperador.

Venerar obligatoriamente a un emperador todavía vivo era más fácil en las provincias del Imperio que en la capital, Roma, ya que en la Urbe era ajeno a la mentalidad romana adorar como dios a un emperador todavía vivo. Incluso en las provincias, los sacrificios públicos eran sencillamente hacer una genuflexión rutinaria de homenaje a la estatua del emperador, pero sin que esto supusiera una carga de conciencia para la gran mayoría de los ciudadanos y súbditos de Roma y de su imperio, en el que, en el siglo I, cada vez más a los nuevos dioses se les llamaba *señores* y en el que se acentuaba el culto al emperador como rey-dios y se le reconocía como salvador. Pero en Roma, los emperadores sólo recibieron oficialmente honores divinos después de su muerte y una vez que el senado había reconocido sus méritos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Robert Graves, en *Claudio, el dios y su esposa Mesalina*, describe magníficamente en el capítulo 5 cómo Calígula se convirtió en dios y lo que ello supuso en su vida y en la sociedad romana.

<sup>2</sup> Ver ÁLVAREZ CINEIRA, D., *Pablo y el imperio romano*, Sígueme, Salamanca 2009, p.28

Este culto se manifestaba mediante unos ritos similares a los que se ofrecían a otros dioses, que consistían en procesiones, altares, sacrificios, música, y usar vestidos especiales. Y los días de fiesta en honor del emperador implicaban juegos, canto de himnos, quemar incienso y encender lámparas en su honor, como se hacía con otros dioses. Pero hay que tener en cuenta que en Roma, los emperadores sólo recibieron oficialmente honores divinos después de su muerte y una vez que el senado había reconocido sus méritos<sup>3</sup>.

Sabemos que los emperadores Claudio y Vespasiano fueron proclamados dioses después de su muerte. Sabemos también que Tiberio y Claudio rechazaron la deificación en vida, mientras que Calígula y Nerón desearon ser proclamados dioses en vida, pero el senado no les reconoció como tales. Sin embargo, sabemos que Domiciano sí consiguió ser proclamado dios en vida, llegando a acuñar monedas con inscripciones como éstas: “Domiciano, Señor y Dios nuestro”, “Dios presente”, “Padre de los dioses”. Hay que recordar que fue en tiempo de Domiciano (81-96) cuando se escribió el *Apocalipsis* (h. 95).

De cualquier forma, en el imperio todos los hombres podían tener y practicar una segunda religión, si lo deseaban, con lo cual el culto cívico obligatorio en realidad facilitaba la libertad de cultos. De hecho había cultos para todas las razas, clases y gustos, para todos los oficios y situaciones de la vida. Sobre todo, cada vez más había una fuerte tendencia hacia el monoteísmo, pues un número cada vez mayor de hombres y mujeres andaba buscando a Dios. Y en ese ambiente apareció un nuevo grupo religioso, compuesto por voluntarios, en el que las diferencias sociales, raciales y nacionales quedaban superadas y aquellos hombres y mujeres se reunían para dar culto a un hombre, al que reconocían como el único Dios, que había muerto y resucitado.

El emperador era señor, salvador, hijo de dios; de él provenía la paz; su llegada a las ciudades era buena noticia (*evangelion*) y su presencia en ellas como una epifanía; dominaba el cielo y el mar, así como a todas las nacio-

---

<sup>3</sup> Ver ÁLVAREZ CINEIRA, D., *Pablo y el imperio romano*, Sígueme, Salamanca 2009, p.28

nes de la tierra; él garantizaba el orden del universo, y, entonces, el culto al emperador suponía la pequeña contribución personal a este orden y equilibrio, que es el que mantiene el poderoso subyugando al dominado. Todo esto puede leerse en una inscripción del año 9 a.C. encontrada en Priene, que hemos citado más arriba, ciudad activa en industria y comercio, en Asia Menor (hoy Samsun Kalesi (Turquía), que había erigido un templo a Atenea, con un altar que recordaba al de Pérgamo, y otros templos a Zeus Olímpico, a Kore y Deméter: *«Puesto que la providencia, que ha ordenado divinamente nuestra existencia, ha aplicado su energía y celo y ha dado vida al bien más perfecto en Augusto, a quien colmó de virtudes para beneficio del género humano, otorgándonoslo a nosotros y a nuestros descendientes como salvador —él, que puso fin a la guerra y ordenar la paz—, César, que mediante su epifanía excedió las esperanzas de quienes profetizaban el evangelio..., y puesto que el cumpleaños del dios trajo primero al mundo el evangelio que redime en él... por esa razón, con buena fortuna y seguridad, los griegos de Asia han decidido que el año nuevo debe empezar en todas las ciudades el 23 de septiembre, el día del cumpleaños de Augusto...»*<sup>4</sup>.

### 1.1. El culto al emperador en España<sup>5</sup>

El emperador Augusto gobernó el imperio romano durante los años 26 y 25 a.C. desde la ciudad hispana de Tarraco (hoy Tarragona), y durante su estancia en la ciudad se erigió en su honor un altar y, más tarde, en tiempo de Tiberio (15 d.C.) se levantó el primer templo dedicado al emperador Augusto<sup>6</sup>.

La religión romana tenía un carácter estatal muy acentuado y había sufrido un amplio proceso de helenización al llegar a la península ibérica.

<sup>4</sup> Ver en *Reseña Bíblica*, nº 62, Verbo Divino, Estella 2009, p. 10.

<sup>5</sup> PISA SÁNCHEZ, J., *Breve historia de Hispania*, Nowtilus, Madrid 2009

<sup>6</sup> En octubre de 2010 mediante unas excavaciones se ha descubierto el gran templo que los tarraconenses dedicaron a Augusto y que, según Tácito, sirvió de ejemplo a las provincias. Se había levantado en lo alto de la colina de Tarraco, donde hoy se levanta la catedral y se divisaba desde varios kilómetros a la redonda. Durante el mandato del emperador Tiberio circularon monedas romanas con la reproducción de este templo, que tenía ocho columnas frontales de entre 25 y 27 metros de altura, y en él se guardaban estatuas del emperador y de su familia.

Entre las divinidades oficiales destacaba el culto a Roma y el culto imperial, que divinizaba al emperador, a los miembros de la familia imperial y a las virtudes imperiales. Este culto se convirtió en una ceremonia que permitía canalizar la obediencia y la lealtad de los habitantes de las provincias del imperio hacia la persona del emperador y hacia el Estado. Entre las divinidades romanas, Minerva, la diosa de la sabiduría, representaba la religión oficial del Imperio y en Hispania había templos erigidos a Júpiter, dios principal romano, Juno, diosa del matrimonio y Minerva. Como en Roma, también en Hispalis (Sevilla), Astúrica Augusta (Astorga), Baelo Claudia y Tarraco (Tarragona) se fueron erigiendo templos a los dioses romanos en la medida en que la romanización avanzaba en Hispania.

Como en las demás provincias del Imperio, en las de Hispania había organizaciones que se encargaban de organizar cómo dar culto al emperador. Cada año una asamblea reunía a los representantes de cada una de las provincias para escoger al sacerdote (*flamen*) encargado del culto imperial.

En Hispania los emperadores pertenecientes a la familia Julia organizaron y potenciaron el culto imperial, en el cual las provincias hispanas jugaron un papel principal, ya que fueron las primeras zonas donde se estableció y desarrolló esta nueva religiosidad política. Pero, cuando la provincia bética quiso en el año 25 erigir un templo al emperador Tiberio y a su madre Livia, viuda de Augusto, Tiberio denegó la solicitud, arguyendo que esos honores eran propios de un dios, no de un simple mortal como él. Pero a pesar de ello, en Hispania se instauró definitivamente el culto al emperador, edificando templos dedicados al divino Augusto en ciudades como Mérida (Emérita Augusta) y Cartagena (Cartago Nova). Bien es cierto también que, con la muerte de Tiberio, el culto imperial fue decayendo en Hispania hasta la muerte de Nerón.

También al emperador Trajano (98-117) en su ciudad natal de Itálica (España) se le erigió un templo, cuya fachada principal tenía ocho columnas.

En Mérida, en el jardín porticado, situado en la parte posterior del teatro, resaltaba una cámara consagrada al culto imperial. Y en el foro, se han



descubierto piezas escultóricas y retratos diversos pertenecientes a la familia imperial, lo que podría indicar su relación con el culto al emperador.

Este culto pervivió, por lo menos, hasta los tiempos del emperador Aureliano (270-275), pues existen inscripciones en las que este emperador aparece como *Deus Aurelianus*, lo que indica que fue un emperador divinizado ya en vida, a lo menos en España. En realidad, a lo largo del siglo III, se instauró el ritual de la *prokynesis* (postración) ante la presencia del emperador y se llevó a cabo una continua sacralización de todo cuanto tenía relación con su persona.

## 2. LA EXALTACIÓN DEL CRUCIFICADO

Frente al culto imperial, se alzó el culto, por parte de los cristianos, a Cristo crucificado y resucitado, que se inició en Judea, provincia imperial, y pronto se extendió por Asia Menor, Europa oriental y Roma.

En tiempos de san Pablo<sup>7</sup> la denominación de *Kyrios* (Señor) formaba parte del vocabulario religioso y era un epíteto respetuoso que se atribuía a las divinidades (Señor Serapis) y él mismo reconoce que hay *muchos que reciben el nombre de dioses y señores* (1 Cor 8,5). Este nombre acabó por ser usado para denominar al emperador romano, especialmente en las provincias orientales, donde el culto al emperador vivo se aceptaba mejor que en occidente. Pero sirvió también para que los cristianos le dieran este nombre (*Kyrios=Señor*) a Jesucristo.

El himno de la carta a los filipenses (2, 6-11) describe la *kénosis*, el propio anonadamiento de Jesús hasta morir en la cruz para justificar precisamente que Dios lo hubiera exaltado<sup>8</sup> por encima de todos los otros poderes y señores. Los primeros cristianos aplicaron a Jesús las esperanzas del II Isaías (45,23): todos los humanos reconocerán un día al Dios uno y único (Filp 2,10-11), sólo que ahora el homenaje de los que están

<sup>7</sup> Ver HURTADO, L. W., *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo primitivo*. Sígueme, Salamanca 2008, pp. 136-147.

<sup>8</sup> Para este tema ver THEISSEN, G., *La religión de los primeros cristianos*, Sígueme, Salamanca 2002, pp. 61-84.

en el cielo, en la tierra y en el abismo proclaman a Jesús como Señor, *para gloria de Dios Padre*. Así la exaltación de Jesús a una categoría divina no aparece como un ataque a la creencia monoteísta, sino como el cumplimiento de la expectativa de una fe universal en el Dios uno y único. Para san Pablo, la autoridad de Jesús sólo se basa en la acción de Dios. Dios envió a Jesús como su único Hijo, al que resucitó de la muerte en un acto soberano, creador. El Exaltado debe su categoría divina, total y exclusivamente, a Dios. Cuando Pablo adora en él a un ser igual a Dios, lo que adora es producto exclusivo de la acción soberana de Dios. La exaltación del Crucificado se entendió al principio como una realización de la fe monoteísta. El Dios uno y único, a cuyo lado los demás dioses son *nada* (1 Cor 8,5), sometió y venció mediante su Hijo y enviado único a todos los otros dioses, a todos los poderes numinosos y a todos los soberanos de la tierra (1 Cor 8,6). Esta nueva fe de los cristianos colmó un anhelo secreto de las religiones de la época, tanto en el judaísmo como en las religiones paganas: el anhelo de una divinidad que esté por encima de todos los poderes y aparezca a la vez como estrechamente unida al vivir y al morir humanos. Pero además, dentro del cristianismo primitivo, la aclamación a Cristo como Señor (*Kyrios*) pretendía que fuera reconocido universalmente como tal: el único Señor, algo que los cristianos ya reconocían y por ello se negaban a dar culto al emperador.

### 3. EL CULTO AL EMPERADOR Y LA FE EN CRISTO JESÚS

Mientras los judíos consideraban el repudio del culto al emperador como un elemento de su tradición, los cristianos chocaron muy pronto con la ideología y el culto de la propaganda imperial, porque lo que ellos esperaban era el reino mesiánico ya inaugurado, aunque no manifestado aún abiertamente, y no aquella felicidad, seguridad y paz imperial que se les ofrecía, como se puede ver, muchas veces veladamente, en los textos del nuevo testamento. Los cristianos, procedentes del paganismo, no legitimaron el repudio del culto al emperador por la tradición judía, sino por una “decisión” que resultó menos comprensible aún, porque los cristianos (a diferencia de los judíos) daban culto a un personaje humano como a una divinidad.

El cristianismo primitivo pronto utilizó también el término *Kyrios* (Señor) para reconocer y venerar a Jesucristo como a alguien divino, como puede comprobarse fácilmente en las cartas paulinas, en las que se utiliza este término para designar a Jesús más de 180 veces y, concretamente, en la carta a los filipenses, san Pablo destaca el contraste deliberado entre Cristo y el emperador, el imperio y el reino de Dios. También es probable que los judíos grecoparlantes usasen el término *Kyrios* (Señor) como sustituto del nombre divino, pasando el uso a las comunidades cristianas de lengua griega, que con frecuencia albergaban judíos conversos, además de paganos. Incluso es probable que dicho término para señalar al Señor Jesús se remonte a los primeros círculos judeo-cristianos, especialmente a través de los judeo-cristianos de la diáspora, pues en el siglo I se había generalizado entre los judíos sustituir el nombre de *Yavhé* por el de *Mara* (Señor, en arameo)<sup>9</sup>.

Para los primitivos cristianos Jesús es el único Señor, cuyas enseñanzas y ejemplos están llenos de autoridad y ellos deben obedecer y vivir en conformidad con ellas; para ellos, Jesús es también el Señor que un día volverá trayendo el salario para cada uno (Ap 22,12) de los que han cumplido en su vida los deberes cristianos; y ellos en su culto son los que reconocen y confiesan que Jesús ha recibido de Dios el ser igual a él. Para los cristianos «Cristo era el único Señor, a él sólo debía dirigirse el culto y la oración. En este tema se mostraron inflexibles en todo momento. El cristianismo tenía conciencia de ser una religión no nacional sino universal y monoteísta en sentido absoluto. Esta actitud significaba que tampoco estaban dispuestos a ofrecer sacrificios al emperador, ni ritos de origen oriental que integraban un fuerte componente político al buscar convertirse en argamasa social, capaz de enlazar y acoplar un Imperio tan plural con grave peligro de desintegración»<sup>10</sup>.

Esta intransigencia de los cristianos fue considerada con frecuencia, no sólo como una actitud religiosa sino como una forma de desinterés político y nacional. Todo ello condujo a que el Imperio considerase como

<sup>9</sup> Basta recordar cómo en 1 Cor 16, 22; Ap 22, 20 y en la Didajé se conserva todavía el término arameo *marana tha* (ven, Señor).

<sup>10</sup> LABOA, J. M., *Cristianismo*, San Pablo, Madrid 2002, p. 37.

intolerable esta pretensión, y, por tanto, la rechazase y la persiguiese, pues los cristianos se situaban automáticamente fuera de la ley al negarse a rendir honores divinos al emperador. Sin embargo, la gente valoraba la cercanía salvadora de la divinidad, por lo que, al colocar los primeros cristianos a Cristo por encima de todas las demás divinidades, la fe cristiana adquirió una gran fuerza atractiva, ya que Cristo encarnado y resucitado «significa una presencia real de Dios junto al hombre, junto a su hacer y su padecer hasta la muerte. Cristo había salvado la distancia entre Dios y el hombre»<sup>11</sup>.

Es evidente que el mensaje cristiano chocaba frontalmente contra las costumbres y los valores fundamentales de la ideología imperial, ya que proclamaba que Cristo era verdaderamente el rey y el Señor del mundo. San Pablo así se lo anuncia tanto a los corintios (1Cor 2,8; 15,3-4) al señalar que Dios ha resucitado y exaltado a Cristo como Señor celestial; a los filipenses (2,6-11) al precisar que la muerte de Cristo fue una simple transición hacia su gran apoteosis y que, por ello, los cristianos han de ser lumbreras resplandecientes sin mancha en el mundo, donde tienen que vivir como buenos ciudadanos su propio estilo de vida, sin seguir las consignas fijadas por la ideología imperial (2,15); y a los romanos (1,3-4) al interpretar que así como el emperador difunto Claudio se había convertido en dios, así Jesús llegó a conseguir el poder tras una muerte violenta, convirtiéndose en *Rey de reyes y Señor de Señores* (Ap 19,16), representante de la humanidad, reconciliador entre los hombres y soberano del mundo. De esta manera san Pablo articuló las implicaciones políticas anti-imperiales de la entronización de Cristo como verdadero Señor o Emperador del mundo. Pero para la ideología imperial, esto significaba que Jesús había usurpado el lugar del emperador y era algo subversivo.

Aunque el culto al emperador no era obligatorio, y sólo se utilizaba el tema en los procesos judiciales como “medio de prueba” y ocasión para “detestar” la abominable superstición de los cristianos, en el cristianismo primitivo hubo una clara conciencia de oposición radical a ese culto impe-

---

<sup>11</sup> THEISSEN, G., *La religión de los primeros cristianos*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 77.

rial, como se puede comprobar leyendo las actas auténticas de los mártires de aquella época, como la de san Policarpo o la de san Justino. Conciencia que se deriva de la *demonización* de que se hace objeto al emperador, ya que veían en él a Satanás, príncipe de los demonios, tanto Pablo como Juan.

Cuando Satanás exige a Jesús, en las tentaciones, que *postrándose de rodillas, le adore* (Mt 4,9), prometiéndole los reinos del mundo como contrapartida, Jesús rechaza este ataque al monoteísmo, teniendo en cuenta quizás al emperador romano, que, como Cayo Calígula, introdujo la *proskynesis* (genuflexión=acto de adoración) en el ceremonial de Roma y daba reinos a reyes clientes, como se lo dieron a Herodes el Grande y a Herodes Antipas. Calígula quiso transformar el templo de Jerusalén en un lugar del culto al emperador y el monoteísmo judío lo rechazó.

Cuando Marcos (13,14) habla de *la abominación de la desolación*, puede referirse al intento de instalar en el templo la estatua de Cayo Calígula, lista ya en algún lugar para ser transportada a Jerusalén. También el evangelio de Juan, delante de Sebaste (Samaría), el lugar más importante del culto al emperador en Palestina<sup>12</sup>, presenta a los samaritanos proclamando a Jesús: *éste es realmente el salvador del mundo* (4,42), con lo que implícitamente diferencia a Jesús de cualquier emperador romano o dios pagano, que sea venerado como salvador. Y el mismo evangelista Juan (8,44) presenta el poder romano en la figura del diablo, homicida desde el principio, cuando los judíos intentan dar muerte a Jesús, no como hijos libres de Abraham, sino como inducidos por Satanás, *príncipe de este mundo*, quien actúa mediante Judas (Jn 18,3.12) presidiendo una cohorte romana para prender a Jesús, y mediante Poncio Pilato (Jn 18,33-38; 19,16) para juzgarle y condenarle a muerte.

---

<sup>12</sup> Las excavaciones arqueológicas realizadas en Siquem, junto al monte Garizim, han encontrado una ciudad amurallada en cuya acrópolis había un magnífico templo dedicado a Augusto como divinidad, al que se accede por una amplia escalinata. Otro templo dedicado a Augusto existía junto al puerto de Cesarea Marítima, fundada por Herodes el Grande. Lo mismo ocurría en Antioquía de Siria. También Corinto había honrado a Augusto, erigiéndole un templo para dar culto al emperador, ya muerto. Más cerca de Roma, en Puteoli, Italia, donde desembarcó san Pablo en su viaje a Roma (Hechos 28, 13-14), también existía un templo de Augusto, llamado Augusteum.

Los propios evangelios (Mc 13 y Mt 24-25) acuden al lenguaje apocalíptico para describir la venida del Señor, descripción que recuerda en gran parte la llegada triunfal de los emperadores romanos cuando visitaban alguna ciudad del Imperio. Así, el Evangelio de Jesús el Señor se opone al culto al emperador y a cualquier otro culto que quiera darse a los nuevos ídolos del poder político, cultural y económico.

No es extraño que el movimiento cristiano chocara muy pronto con el culto imperial y su propaganda, pues lo que este movimiento religioso proclamaba y esperaba era algo frontalmente opuesto a lo propugnado por ella: el reino mesiánico ya inaugurado, pero todavía no manifestado abiertamente, por el mesías Jesús, que había sido crucificado por el gobernador romano de Judea, Poncio Pilato. Esa confrontación se descubre ya, aunque veladamente aún, en la misión y en los textos de san Pablo. Pero, con el correr del tiempo, esa confrontación se convertirá en causa de persecución del movimiento cristiano por parte de las autoridades del imperio romano, como abiertamente testifica el libro del Apocalipsis, a finales del siglo I, y más tarde, los escritos cristianos del siglo II.

En la primera carta a los tesalonicenses —el primer escrito cristiano—<sup>13</sup>, san Pablo se refería ya al *comportamiento* que debía tener la comunidad cristiana de Tesalónica, como comunidad mesiánica que era, ante las prácticas sociales de su entorno, especialmente *la hostilidad*, que tuvieron que soportar con sus luchas y tribulaciones (1,6; 2.2.14; 3,3-4; 4,1-12) por parte de sus conciudadanos gentiles. Detrás de esta hostilidad, Pablo descubre el poder de Satanás, al que llama también *el tentador* (3,5), en cuya figura personifica la oposición a su misión mesiánica (2,18). Este poder posiblemente es el poder imperial que, con su culto al emperador y con su propaganda ideológica, veía en la misma fe mesiánica, en la nueva práctica religiosa y en el comportamiento social de los cristianos un reto frontal y una subversión abierta contra el poder político, cuyas autoridades ejercieron contra ellos para llevarlos al ostracismo, a las vejaciones, a la violencia física e incluso a la muerte por anunciar el reino del Cristo crucificado. Es posible incluso que la fe, las prácticas religiosas y el comportamiento social de la comunidad de Tesaló-

<sup>13</sup> VIDAL, S., *El primer escrito cristiano*, Sígueme, Salamanca 2006, pp. 29-30.

nica fueran interpretados por las autoridades y la sociedad pagana como una ruptura de los juramentos de fidelidad al emperador, a los que se habían comprometido los habitantes de la ciudad (Cf. Hechos, 17,5-9), en la que dominaban los cultos nativos a Cabirio, los cultos orientales y los cultos de las religiones místicas. De manera especial dominó en Tesalónica el culto al emperador, pues ya desde el tiempo de Augusto erigió un templo provincial en honor de César y, posteriormente, concedió honores a los distintos emperadores, especialmente a Augusto, dedicándole juegos, competiciones y fiestas. Incluso acuñaba moneda con la efigie del emperador.

Además Tesalónica era una ciudad que se había distinguido a lo largo de su historia por la fidelidad y adhesión a Augusto y a sus sucesores. Pablo, en su predicación en Tesalónica y en la carta que escribe después, subraya de un modo inequívoco y provocativo la unicidad de Dios y su exclusividad de culto, privando al culto al emperador de su sentido original y básico. En 1 Tes 4,13-18, con un lenguaje apocalíptico, Pablo presenta a Cristo tal como los tesalonicenses (y otros ciudadanos romanos) presentaban la llegada triunfal del emperador: *El mismo Señor bajará del cielo con clamor, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios., y seremos arrebatados en nubes., al encuentro del Señor* (1 Tes 4,16). Esta expresión, *salir al encuentro del Señor*, en el helenismo significaba la salida del pueblo fuera de la ciudad para recibir al soberano que llegaba a visitarla, y acompañarlo así en su entrada solemne. Esta imagen del recibimiento implica que Cristo, acompañado de su comunidad, hace su entrada solemne en esta tierra, que es el territorio de su señorío, e insta en ella su reino esplendoroso mesiánico, en el que se efectuará la comunión plena y definitiva de la comunidad cristiana con su Señor. Esto, lógicamente, atrajo por parte de los compatriotas de la comunidad de Tesalónica más hostilidad, si cabe, generando una situación de clara marginación social. Lo mismo sucedió en Filipos, donde el conflicto que llevó a Pablo a la cárcel pudo originarse con la retirada de los cristianos de los cultos tradicionales y, en especial, del culto al emperador.

Para orientar a la comunidad cristiana de Tesalónica en dichas circunstancias, Pablo da algunas instrucciones para su comportamiento social (4,3-12) como son: 1) ser *santos* personal y comunitariamente, y

progresar en la santidad; 2) usar del cuerpo con respeto sagrado, no como los paganos que no conocen a Dios, evitando la prostitución, normal en aquella sociedad urbana; 3) no ofender al hermano mediante el adulterio, que castiga Dios; 4) mantener la calma y trabajar con las propias manos, como el mismo Pablo lo hizo siempre, para no desprestigiar a la comunidad ante los paganos y para no ser gravosos a la comunidad o a alguno de sus miembros. Con estas normas san Pablo pretende que la comunidad cristiana se distinga como un grupo definido por su superioridad moral en sus comportamientos personales y sociales frente a los grupos que promovían y daban culto al emperador de turno.

#### 4. LA “PAX ROMANA”

En el imperio romano se proclamaba como oferta de bienestar “¡Paz y seguridad!” a todos sus habitantes. Era, sin duda, el lema de la propaganda imperial. Eran también los modestos deseos del pueblo, que se sentía satisfecho si poseía ambas cosas.

Esta paz la había instaurado el primer emperador de Roma, César Augusto, al fijar unas fronteras precisas y estables, bien defendidas y fortificadas, renunciando a ulteriores conquistas. Se llamaba también *pax augusta* y en realidad logró la paz y la seguridad hasta en los confines del imperio, lo que favoreció, junto con la *koiné* (el griego hablado en el imperio) y las buenas comunicaciones comerciales por tierra y mar, la expansión de cristianismo. Conseguida esta paz, el mismo emperador Augusto cerró en Roma las puertas del templo de Jano, que permanecían abiertas en tiempo de guerra, para significar y anunciar que había llegado la *pax augusta*, la *pax romana*, y con el mismo interés propagandístico erigió en el Campo de Marte de Roma el *Ara Pacis Augusti* (el altar de la paz de Augusto).

Una de las tareas de los emperadores era justamente instaurar y mantener la paz y la seguridad para la vastedad de su imperio y de todos los pueblos, sometidos por él, logrando una fuerte unidad política, sin fisuras ni desgarrones. Sin embargo, con frecuencia, la propaganda imperial de la *pax romana* equivalía a mantener una situación en calma mediante



la fuerza militar o el terror estatal. Y eran los tribunos, con sus cohortes auxiliares, compuestas de mil soldados, los encargados del mantenimiento de esta *pax romana*. Su ámbito abarcaba también los mares, ya que el general Agripa logró el control absoluto del mar Mediterráneo después de haber ganado la batalla naval de Actium (31 aC), limpiándole de piratas. Así, gracias a las legiones, el extenso imperio romano logró disfrutar de gran prosperidad en un ambiente tranquilo y distendido, en el que imperaba la ley y el orden, y por el que la gente podía moverse y viajar con facilidad y sin temor alguno, pudiendo cada uno desarrollar sus capacidades y aspiraciones económicas, culturales y religiosas.

La paz y la seguridad, proclamada por el imperio, se instauró involucrando a los dioses de Roma, pues, aunque estos dones se consideran adquisiciones de Augusto, él y el imperio los consiguió gracias a las victorias militares y los impuso a los pueblos sometidos. El mensaje de Augusto era claro: la *pax romana* y la justicia son dones de los dioses romanos (*pax deorum*), pero se manifiestan en la tierra mediante el orden y la seguridad impuestos por el imperio de Roma. Esta vinculación de la *pax romana* a los dioses hizo que Augusto asumiera ser el *pontifex maximus*, fusionando en su persona todo el poder político y todo el poder religioso. Y después de su muerte, fue venerado como un dios, así como los emperadores que el sucedieron como Tiberio y Claudio. Esto llevó a las comunidades cristianas, procedentes del paganismo, a sentirse más vulnerables, pues, al abandonar las asociaciones cívicas y los cultos tradicionales de los dioses, perdían relaciones sociales y se manifestaban públicamente contra la *pax deorum*.

Si además, el ideal de un emperador era lograr la victoria sobre los enemigos, el cristianismo primitivo también propuso este mismo ideal, y trató y trata de conseguirlo, no por las armas, sino por el amor. El *amor a los enemigos* ya lo proclamó Jesús y fue recogido en los evangelios, como extensión del precepto del amor al prójimo.

Por tanto, el sustrato ideológico de la *pax romana*, establecida por Augusto, era el combinado de la piedad con los dioses, la justicia con los ciudadanos y la seguridad en los límites del imperio. Estas características se representaban visualmente en Roma, donde estaban presentes por

doquier. Su objetivo era transmitir la ideología imperial y convencer a los habitantes del imperio que estaban gobernados por un sistema político y un emperador designado por los dioses y reconocido como hijo de dios.

Por su parte, san Lucas manifestaba su admiración por el orden romano<sup>14</sup> y por el sentido del derecho que expresaban sus magistrados. Pero a lo largo de su evangelio, él anunció otra paz: *la paz de Dios a los hombres* (2,14) que traía el nacimiento de Cristo, y la paz con que saluda Cristo resucitado a sus apóstoles (Lc 24,36). Una paz que contrapone a la paz que da el mundo, y que puede aludir a la *paz romana*, con que se saludaban los romanos (*pacem dare*). También san Juan nos recuerda que Jesús dejó la paz a los apóstoles (Jn 14,27) antes de su pasión y después de su resurrección.

San Pablo (1 Tes 5,3) recoge esta proclama propagandística del imperio al escribir: *cuando estén diciendo 'Paz y seguridad', entonces les caerá encima de improviso el exterminio*. Es probable que en este eslogan resuene el motivo de la *pax romana* que impregnaba la ideología y el culto imperiales, a los que se enfrentaba el cristianismo de aquella época. Por eso, Pablo invita a los cristianos a no poner su confianza y seguridad en la propaganda imperial ni en el poder militar romano. Por el contrario, han de poner su confianza en *el Dios de la paz* (5,23) hasta el día en que venga el Señor. Además san Pablo anuncia que Cristo Jesús *es nuestra paz* (Ef 2,14) al haber realizado la gran pacificación de los hombres con Dios, a través de su muerte en la cruz, dándoles acceso al Padre, y al haber reconciliado a los hombres entre sí, *creando una sola nueva humanidad, haciendo las paces* (Ef 2,15) por la sangre de su cruz. Tanto Pablo como los cristianos fueron acusados ante los tribunales civiles de alterar el orden de la ciudad y del imperio, es decir, que atentaban contra la *pax romana*.

Por todo ello nada tiene de extraño que, en Tesalónica *arrastraron a Jasón*<sup>15</sup> *y a algunos hermanos a presencia de los concejales vociferando: Estos que han revolucionado el mundo se han presentado también aquí y Jasón les ha dado hospedaje. Todos éstos actúan contrariamente a los edictos del*

<sup>14</sup> San Agustín definirá más tarde la paz como “la tranquilidad del orden”.

<sup>15</sup> En su casa se reunía una comunidad cristiana (Hechos 17,5).

*emperador, porque afirman que hay otro rey, Jesús. Estas palabras alarmaron a la multitud y a los concejales, y exigieron una fianza a Jasón y a los otros para ponerlos en libertad* (Hechos 17, 6-9). Estaba claro: anunciar a Jesús, como Rey y Señor, era atentar contra los edictos del emperador y sobresaltar la paz y la seguridad del imperio. De ahí a la dura persecución queda sólo un paso. Se conoce perfectamente la legislación romana respecto a las asociaciones o comunidades que representaban un desafío potencial a la *pax romana*. El cristianismo era una de ellas.

## 5. EL CULTO AL EMPERADOR EN EL APOCALIPSIS

En el Apocalipsis, por su parte, ya puede verse con claridad que el cristianismo primitivo ante el culto imperial se radicaliza, a lo menos en las comunidades joáneas, atacando al emperador y a su culto como poder satánico <sup>16</sup>. Este culto se daba en las ciudades, cuyas iglesias fueron las primeras destinatarias de las revelaciones del Apocalipsis.

Así, Éfeso, la primera ciudad citada en el Apocalipsis (2,1), era centro de culto imperial, pues en los inicios del reinado de Augusto se levantó un altar, dedicado a él, nada menos que en el recinto del “Artemison”, es decir, del famoso templo de la diosa Artemisa (Diana para los romanos). Más tarde, recibió de Claudio poder tener templo imperial y, en tiempo del Apocalipsis, dedicó a Domiciano una estatua gigantesca en un templo dedicado a él para darle culto. Pero evidentemente, el culto dominante en Éfeso era el culto a Artemisa y no el culto al emperador, aunque dedicó un templo a Tiberio y otro a Gayo.

Durante el Imperio romano, Esmirna (2,8) fue el centro del culto imperial, junto con Pérgamo, y un departamento civil de la provincia de Asia Menor, compartiendo con Éfeso y Pérgamo el título de “primera ciudad de Asia”. Hacia el año 195 aC consagró un templo a la diosa Roma y en el 26 d. C. obtuvo el privilegio, siendo la primera, de erigir un templo en honor del emperador Tiberio, de Livia y del Senado.

---

<sup>16</sup> Merecería la pena un comentario a fondo de estas cuatro citas del Apocalipsis: 13,12; 14,9-11; 19,20; 20,4, referidas a la primera bestia, símbolo del imperio y del emperador.

La ciudad de Pérgamo –citada en el Apocalipsis (2,12-17)– era conocida especialmente por su culto a Roma y al emperador y el autor del Apocalipsis considera este culto al emperador como irreconciliable con la fe cristiana, lo mismo que cualquier otro culto pagano. Pérgamo se constituyó en Provincia romana en 129 a.C., permaneciendo ciudad libre, y siendo más tarde sede de la *Koinon* (asociación de propaganda) al servicio del culto imperial. La ciudad era famosa porque había una parte de ella donde el dios Asclepio-Esculapio tenía un templo, donde efectuaba curaciones y porque en esa parte estaba prohibido morir. En tiempo del Imperio romano tenía más de 200.000 habitantes, y su fabricación del pergamino la hizo célebre. Pérgamo fue la primera ciudad que consiguió permiso de Augusto para tener un templo imperial (*neókoros*) dedicado a Augusto y a Roma (29 aC), inaugurando así el culto imperial en Asia Menor. Pérgamo, pues, constituía el centro del culto imperial para toda la región de Asia, y se constituía así en el centro religioso y político del *Koinon*, la organización de las ciudades asiáticas para promover el culto al emperador. Sus representantes se reunían una vez al año en el templo de Roma y Augusto en Pérgamo los días en que se celebraban los juegos en su honor. Esta asamblea, que tenía carácter religioso, también llegó a desempeñar un importante papel político y religioso en la administración imperial. Pérgamo dominaba estratégicamente el país y era célebre por su panteón de dioses paganos con sus respectivos sacerdotes, que promovían el culto del emperador Domiciano y de la diosa Cibeles, entre otros. Pérgamo, *donde Satanás tiene su trono* (Ap 2,12). Esta frase puede referirse indistintamente, a uno u otro dios, o también, de forma global, al culto imperial, que había levantado un sinfín de edificios, en el año 29 a. C. o a los numerosos templos y altares erigidos a diversos dioses y diosas, como Atenea, diosa de la sabiduría; Dionisos-Baco, dios de las fiestas; Asclepio-Esculapio, dios de la salud y de la vida; y Deméter-Cibeles, diosa de la fecundidad. También había erigido un altar “a los dioses desconocidos”. Uno de sus más memorables monumentos era el gran altar dedicado a Zeus, construido entre los años 180-160 aC, en mármol blanquísimo, adornado con el friso de la derrota de los gigantes, ricamente decorado, pieza maestra del arte griego y una de sus obras más célebres. Se puede contemplar hoy día en el Museo arqueológico Pérgamo de Berlín. El primer templo del culto imperial fue construido el 29 a.C. en

honor del emperador Augusto y fue sucedido por otros dedicados a Domiciano, Trajano, Adriano y Caracalla.

La comunidad eclesial de Pérgamo, a la que dirige una de las siete cartas el autor del Apocalipsis, vivía inserta en esta atmósfera pagana asfixiante y en un contexto de culto imperial absorbente, donde la confesión de la fe cristiana parecía socavar los cimientos de la religión oficial y hacer tambalear la firmeza del orden cósmico y social establecido. Por ello, era puesta sistemáticamente en entredicho y duramente reprimida. A pesar del enorme desgaste que suponía enfrentarse y resistir a las dificultades existentes, la comunidad cristiana se mantuvo fiel, aunque algunos profesaban la doctrina de Balaam y otros la de los nicolaítas. Pero allí, *donde Satanás tiene su trono* (Ap 2,12), *a pesar de eso, te mantienes conmigo, y no renegaste de mi fe ni siquiera cuando a Antipas, mi testigo fiel, lo mataron en vuestra ciudad, morada de Satanás* (Ap 2,13). Este Antipas es muy probablemente el obispo de aquella comunidad cristiana.

Tiatira –cuarta ciudad nominada en el Apocalipsis (2,18-29)– aún hoy día muestra las ruinas de un templo dedicado posiblemente a Apolo, ya que existen monedas acuñadas con su efigie; y cuando la influencia de Roma llegó a ser más fuerte, el culto a emperador fue una parte de los ritos religiosos de Tiatira, identificando al emperador con Apolo encarnado. ¿Es por esto que la carta al ángel de Tiatira comienza: *Esto dice el Hijo de Dios* para dejar bien sentado que el único que ha de recibir culto es Jesucristo y no el emperador?

Ni Sardis ni Filadelfia se distinguieron por el culto al emperador. Más bien, Sardis siguió con su culto a Cibeles y Filadelfia a Dionisos (Baco), el dios del vino. Lo mismo sucedió con Laodicea (3,14), donde se daba culto destacable a Men Karou, un dios local, en un templo cercano a la ciudad. Sólo en el año 81 se erigió un templo al emperador Domiciano.

Pero donde el Apocalipsis descubre y denuncia el entramado del culto al emperador es al hablar de la actividad de la *bestia que sale de la tierra* (13,12; 14,9-11; 19,20; 20,4), descubriendo y denunciando el entramado del culto al emperador. Esta bestia es el sacerdocio pagano, que se empeña en propagar el culto a la *bestia que sale del mar* (13,1-10), porque de ella recibe todo el poder, tanto en el orden social y cultural como

en el religioso, y lo ejercita por orden suya y para gloria suya, intentando que todos los *habitantes de la tierra* adoren a la bestia marina. Para ello realizan hechos prodigiosos y portentos admirables, debido más a la prestidigitación que a la magia. Y con ello consigue dos cosas: inducir a las masas admiradas a una falsa doctrina religiosa con sus terribles consecuencias, y, como el poder sacerdotal pagano no concibe el culto sin imagen, obliga a construir estatuas del emperador, asegurando que en ellas está la fuerza divina del imperio (Dan 3). Ante esta situación, se erige Juan con su Apocalipsis para denunciarla y demonizarla claramente. Y esta denuncia de Juan queda confirmada por la arqueología, ya que en 1933 se encontró en un templo de Éfeso una estatua colosal de Domiciano, quien mandó que se le erigiera otra igual en el Capitolio (Suetonio, *Domiciano*, 13). Tengo que aclarar a mis lectores que *la bestia que sale del mar* es símbolo del poder político del emperador romano; que *la bestia que sale de la tierra* es el poder cultural y religioso, subvencionado por el poder político en todas sus actividades, y que *los habitantes de la tierra* representan a cuantos se someten y aceptan las directrices del *la bestia de la tierra*. Todo esto ¿no es aplicable a muchas situaciones que se están viviendo hoy en el mundo?

### 5.1. El culto en el Apocalipsis, respuesta al culto al emperador

Por otra parte, la liturgia del Apocalipsis es como la réplica al culto al emperador, tan desarrollado por todo el imperio desde la muerte de Julio César y sobre todo, a partir de Augusto, especialmente en Asia menor. La mayor parte de las ciudades nombradas en el Apocalipsis tenían templos dedicados a dar culto al emperador. En Éfeso, el culto imperial fue enriquecido con un culto específico a Domiciano, a quien había que llamar *Señor y Dios nuestro*, y durante cuyo mandato (81-96), se escribió el Apocalipsis (95), donde aparece el emperador como tirano y perseguidor de los cristianos. Domiciano, en sus *parousías* (visitas a las ciudades) organizaba el recibimiento con grandiosas procesiones con túnicas blancas y coronas de laurel. Ante la divinización de los emperadores, los cristianos sólo aceptaban como realidad divina al Dios único de Jesucristo, a cuyo sacrificio supremo y decisivo se vinculaban. Pero esta actitud les suponía la persecución. Por tanto, el conflicto funda-

mental planteado en el Apocalipsis se concreta en contraponer el culto a Dios y a Cristo con el culto a *la bestia del mar*, al emperador.

Es precisamente la liturgia del Apocalipsis la que desenmascara el poder imperial<sup>17</sup>. El encuentro con Dios y su Cristo en ella lleva a descubrir la falsedad de la ideología imperial. El mundo de los símbolos de la celebración desplaza al creyente desde lo aparente a lo real y de esta forma anticipa la destrucción del engañoso mundo del Imperio. La equiparación del poder demoníaco con el poder político divinizado hace legítimo el denominarlo con el nombre de Satanás y Diablo, ya que exige adoración, y para conseguirla recurre a todos los medios a su alcance. Esta pretensión lo convierte en adversario del Dios viviente, único destinatario de la adoración.

Pero el Imperio usa también otros medios para disuadir del compromiso cristiano. La violencia física se transforma en el engaño idolátrico que induce a *participar en banquetes idolátricos* (2,20). Esta participación en el culto imperial puede definirse como una fornicación en cuanto que consiste en una real ruptura de la alianza matrimonial con Dios. Así lo expresa también san Pablo a decir: *No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios* (1 Cor 10,22).

Unido a este engaño idolátrico, la seducción imperial excluye de la vida económica a quienes no participan en el culto imperial: *Nadie podía comprar o vender, si no llevaba marcado el nombre de la Bestia* (13,17). De esa forma, el Imperio es causante de la penuria económica que sufren los fieles de Esmirna y de la prosperidad de la Iglesia de Laodicea, consecuencia de su pacto con el poder imperial, y se reviste también con el engaño de la falsa doctrina: *los que se llaman apóstoles sin serlo* (2,2); *los que se llaman judíos y no son más que sinagoga de Satanás* (2,9); Jezabel que se llama profetisa y está enseñando y engañando a los siervos de Jesús (2,20), y el conocimiento gnóstico de las profundidades que son las profundidades de Satanás (2,24).

El ídolo del poder político se asocia frecuentemente al poder económico a su servicio y, sobre todo, al poder ideológico que justifica la ado-

---

<sup>17</sup> MARENGO, A., *El Apocalipsis*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 2005, p. 67.

ración y seduce con ella a la misma comunidad cristiana. No sólo entonces, sino también ahora.

La liturgia cristiana, por su parte, crea un mundo al margen del Imperio y se convierte así en una obra subversiva para los poderes políticos de todo imperio (el romano, y a continuación, todo imperio opresor), que persigue y masacra al pueblo empobrecido por no secundar los valores (o antivalores) que engañosamente le presenta. Y es que la liturgia no traslada a los participantes a un ámbito apto para soñar y desentenderse de la realidad en que viven, sino para acrecentar su compromiso con una fe, que debe ser lúcida, libre de esclavitudes y operante en el servicio del amor. Nadie es insensible al embrujo del Imperio y a la red de sus satélites. El proyecto del Imperio que crea exclusión y servidumbre se presenta de modo sugerente, y la fuerza de su propaganda se extiende a todos los ámbitos de nuestra humanidad. No es fácil en estas circunstancias mantenerse fiel a Jesús y a su proyecto, seguir su ejemplo de denuncia, entrega al Padre y servicio incondicional hasta dar la propia vida. Por eso en el mundo se presentan dos proyectos que se enfrentan y la opción entre ellos es ineludible.

## **5.2. Las doxologías del Apocalipsis, protesta contra el culto imperial**

Las frecuentes doxologías, que aparecen en el Apocalipsis, están llenas de acentos de triunfos y en ellas se perciben ecos de antiguas liturgias. Encierran datos cristológicos preciosos, en los que el Cordero queda de varias maneras asociado a Dios Padre. Pero en el trasfondo de todas las doxologías hay que ver también una protesta contra el culto imperial. El emperador se hacía llamar “Divus-Dios”, “Rey de reyes”, “Señor de señores”, por lo que el autor del Apocalipsis replica que esos títulos sólo pertenecen a Jesucristo, el Señor, y no a los emperadores.

Entre las doxologías hay que destacar la del capítulo 5, en la que el Cordero es aclamado por la corte celestial como el único digno de recibir y abrir el libro, sellado con siete sellos, que Dios, sentado en su trono, sostiene en su mano derecha (5,7). Este Cordero es objeto de culto celestial al lado de Dios (5,9-14), con lo que expresa el autor del Apocalipsis que



los cristianos deben negarse a contemplar el culto a cualquier otra divinidad, sea el emperador, sean los ángeles de Dios. De ahí que el Apocalipsis presente con tanta viveza y alegría a Jesús como alguien que recibe legítimamente culto junto a Dios, tanto de los seres vivientes (creación) como de los ancianos (creyentes), los ángeles y el universo entero (5, 9-14), cantos todos que sin cesar componen un *cantico nuevo* para ensalzar al Cordero. Es difícil imaginar una forma más directa y contundente de expresar la condición divina de Jesús, aquí presentado en la figura del Cordero. Representar al Cordero recibiendo esta impresionante adoración sólo puede significar que dicha adoración está perfectamente justificada y es totalmente válida, ya que el Apocalipsis tiene buen cuidado de condenar el culto de objetos de devoción falsos e inválidos (9, 20-21; 13,4; 14,9-11) y de fortalecer de forma rotunda la primitiva práctica cristiana de incluir a Jesús junto a Dios como objeto de culto en la tierra. El culto binario del que habla el teólogo norteamericano Larry W. Hurtado <sup>18</sup>.

No sólo aquí; también en otros lugares del Apocalipsis se afirma la vinculación especial que Jesús, más precisamente el Cordero, tiene con Dios. Por ejemplo, la *salvación* (sotería), que traduce el hebreo *hosanna* y que proclama gritando con voz fuerte una muchedumbre inmensa (7,10), en el contexto del Imperio romano, era un término político: designaba la paz, la seguridad y el bienestar que ofrecía el Imperio. Además recuerda que las legiones vencedoras romanas dedicaban su victoria al emperador, aclamado como *soter* (salvador). Pero aquí los mártires y los vencedores reconocen que esa *salvación es de nuestro Dios y del Cordero*, afirmando así implícitamente que no es la del emperador ni la de su imperio. No es tampoco una salvación individual y del alma, sino que es social y corporal, lo que no excluye la personal y espiritual. La salvación, que el imperio niega a los santos en la tierra, la reciben los mártires y los elegidos de Dios ahora en el cielo. Esta proclamación de la *salvación* es una confesión de fe (también en 12, 10 y 19,1): los cristianos proclaman que la *salvación* sólo viene de Dios y del Cordero Jesucristo, por lo que han de negarse a participar en los cultos de salvación política que ofrecen los emperadores romanos.

<sup>18</sup> HURTADO, L.W., *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo primitivo*, Sígueme, Salamanca 2008, pp. 669-671.

La *alabanza* (7,12), que predominó en el culto de los primeros cristianos, es como la respuesta a los himnos y a las aclamaciones del culto pagano tributado a los emperadores. Esta alabanza en boca de los cristianos debe ser una explosión gratuita de amor y de acción de gracias por los beneficios recibidos de Dios y del Cordero. Por otra parte, la alabanza es siempre el medio de librarse de las dificultades del momento para abrirse al gozo de la comunión con el Dios verdadero.

Además los mártires (7,13-17), *vestidos de blanco, que han salido de la gran persecución; han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero y por eso están ante el trono de Dios, sirviéndole noche y día en su santuario; el que está sentado habitará entre ellos; no pasarán más hambre ni más sed; ni el sol ni el bochorno pasarán sobre ellos, pues el Cordero que está ante el trono será su pastor y los conducirá a fuentes de agua viva; y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.* ¡Magníficas recompensas que recibirán los vencedores, que no doblaron la rodilla ante la estatua del emperador!

En otro lugar (14,1-5) el Apocalipsis describe a los redimidos como aquellos que tienen el nombre del Cordero y el del Padre escrito (en singular) en la frente con lo que los redimidos se identifican con Dios y con Jesucristo, el Cordero.

Finalmente, en los capítulos dedicados a describir la Jerusalén celestial, en el Apocalipsis (21-22) se resalta la idea de Jesús como alguien íntimamente unido a Dios, a quien los cristianos le rinden culto como al mismo Dios.

Rendir culto al Cordero exige negarse a dar culto al emperador y, por tanto, estar dispuestos a vencer *con la sangre del Cordero y del testimonio que dieron sin preferir la vida a la muerte* (12, 11). Eso fue lo que hicieron los mártires cristianos a lo largo de las persecuciones del Imperio romano. Y lo siguen haciendo a lo largo de los siglos.

Además de estas razones, no podemos ignorar las consecuencias políticas que tiene la proclamación de un Señor y Salvador crucificado por las autoridades del Imperio en Judea. El culto al emperador era un instrumento que servía a varios fines, como generar cohesión, identidad, sentido de pertenencia y, a su vez, controlar, atar y evitar el desorden y

la desintegración político-religiosa. El emperador era señor, salvador, hijo de Dios; él trae la paz; su presencia es una epifanía; su nacimiento y venida es buena noticia (*euaggelion*); domina el cielo y el mar, junto a todas las naciones de la tierra; él garantiza el orden del universo, y el culto al emperador suponía la pequeña contribución personal a este orden y equilibrio (el que mantiene el poderoso subyugando al dominado). Todo esto puede leerse en una inscripción del año 9 a.C. encontrada en Priene, Asia Menor (hoy Samsun Kalesi (Turquía))<sup>19</sup>.

## 6. EL CRISTIANISMO FRENTE AL CULTO IMPERIAL

Al comienzo de la era cristiana, mientras los *soberanos del mundo* pasaban a ocupar el rango de dioses, pequeños grupos religiosos exaltaban en el imperio romano a un soberano alternativo por encima de todas las deidades, y le asignaban el sometimiento de todos los poderes y autoridades en el cielo y en la tierra. Todos los otros *numina* eran inexistentes. Esta “revolución en el cielo” no se atribuía a ningún miembro de la clase dominante, sino a un miembro de un pueblo sojuzgado; a ningún triunfador, sino a un crucificado. Este encontró su clientela social transversalmente, por todas las provincias y pueblos. Creó una red de solidaridad suprarregional entre sus seguidores dispersos, sobre todo allí donde el imperio romano mostraba una integración débil: los grupos urbanos de todas las capas que estaban excluidos del poder político (local, provincial e imperial). Estos presenciaron el auge suprarregional del imperio, pero no podían participar en él de modo privilegiado. El que se unía a estos partidarios del Crucificado, era partícipe de una movilidad general que se manifestaba, no en cambios sociales sino en un cambio ético-religioso, en la metamorfosis y la conversión; no en la lealtad al emperador y al imperio, sino en la adhesión a Cristo y a su reino. Y así como la clientela social del emperador abarcaba a gentes de todos los estamentos, desde los más poderosos senadores hasta los esclavos de la familia del César, lo mismo ocurría con la “clientela social” de este soberano universal: sus comunidades unían a personas de todas las clases sociales, aunque dominaban las procedentes de las clases inferiores (1 Cor 1, 26).

<sup>19</sup> Ver nota 4.

En Rom 1,3s puede haber una alusión a la muerte del emperador Claudio (13 octubre del 54), y a su *divinización* posterior, que fue muy discutida, como señala Séneca en su sátira *Apocolocyntosis*, en la que el emperador pide ser acogido entre los dioses, pero es rechazado y enviado al abismo.

También el evangelio de Marcos puede leerse como un ‘contraevangelio’ a la propaganda imperial de la época, en la que los Flavios y Vespasiano ascienden al poder imperial. El mensaje de Marcos es que no son los Flavios, sino Jesús de Nazaret quien cumple las promesas, y que la propaganda político-religiosa de los nuevos soberanos es un signo del tiempo final, cuando los fieles serán seducidos por los poderes hostiles a Dios.

El Evangelio de Mateo previene contra la esperanza judía de que Oriente domine a Occidente con un soberano procedente de Judea. Jesús es el que dará cumplimiento a las expectativas judías y a las promesas de las Escrituras. El es el descendiente de David que trae la salvación, pero sin hacer guerras, sino curando enfermos, amando a los enemigos y entrando en Jerusalén sobre un pollino.

También la carta a los Efesios (2,17) recuerda que el verdadero “pacificador” es Cristo frente a la propaganda de la paz de los Flavios, que intentaron integrar a los judíos en el imperio, pero fracasaron, mientras que la comunidad cristiana logró integrar a judíos y paganos en una comunión y en un culto divino.

A lo largo de todo el Apocalipsis encontramos un contraste entre el culto a Dios (4-5; 7,9-12; 11,15-19; 14,6-7) y el impropio culto a los ídolos (9,20-21) y a la Bestia (13,5.8.11-12; 14,9-11). Además, en dos pasajes se le prohíbe a Juan adorar incluso al ángel glorioso que como emisario divino porta las revelaciones del libro (19,10; 22,8-9). Todos estos elementos muestran un total desdén por la vida religiosa del mundo romano en general y una fuerte y rabiosa fidelidad a la tradición del monoteísmo exclusivista judío, que incluye la prohibición de dar culto a los mensajeros celestiales enviados por Dios<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> HURTADO, L. W., *Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo primitivo*, Sígueme, Salamanca 2008, p. 71.

Pero de manera especial, el *día del Señor* (1,10) era el día del sol, dedicado a honrar al emperador. Suetonio (*De vita caesarum*) destaca que la expresión “dominica dies” indicaba el día anual en que se ofrecían sacrificios en honor del emperador. En Asia Menor, la “dominica dies” se celebraba el primer día de cada mes. El hecho de que Juan caiga en éxtasis durante la liturgia del *día del Señor* resalta que el verdadero Señor es Cristo y no el emperador.

En realidad, los cristianos del imperio romano amenazaban con destruir la estructura de la antigua ordenación religioso-estatal, y por ello fueron perseguidos por parte del Estado romano primordialmente por razones políticas, y no tanto por su fe religiosa. Los emperadores romanos tuvieron que ver en la negativa de los cristianos a ofrecer sacrificios a los dioses nacionales motivos políticos, sobre todo si se tiene en cuenta que Roma en cuestiones religiosas era muy tolerante. Otros motivos fueron las calumnias acerca de la celebración cultual de los cristianos, las cuales se debieron a otros grupos que les hacían la competencia y que obligaron a las autoridades romanas a intervenir. Finalmente, se dio también la tensión, típica de las situaciones históricas de transición, entre el poder establecido y el contramovimiento ilustrado, tensión que se manifestó en la dura persecución contra los cristianos o en una tolerancia tácita. Pero donde aparece con especial claridad la *demonización* del emperador es en el Apocalipsis. La fiera satánica que sale del abismo reclama el culto imperial y es paradigma de la potencia mundial romana, enemiga de Dios (Ap 13). Pero también la aristocracia local de Asia Menor, aliada con ella, surge como una segunda fiera satánica, que sale de la tierra (Ap 13,11ss).

En el imperio romano, cada provincia tenía su asamblea (*koinon* y *ecclesia*, en griego; *concilium*, en latín), compuesta por los notables del territorio, que se reunían para tratar los asuntos generales, las reclamaciones que llegaban y la organización del culto al emperador, como símbolo de acatamiento del poder central de Roma. Este culto estaba muy politizado y sus sacerdotes se elegían entre los hombres más destacados de la provincia, y recibían el nombre de *flamen* en occidente y *sacerdos provinciae* en oriente. Eran los encargados de officiar en los cultos de los dioses locales, en el culto imperial, presidir los banque-

tes en los templos en honor de los dioses y formaban parte de la burocracia imperial.

El asiarca era el sumo sacerdote del culto imperial y presidente del consejo provincial. El cargo duraba sólo un año, pero como los asiarcas conservaban el título toda la vida, podía haber en Éfeso varios asiarcas. Entre los emperadores y su clientela social por una parte, y Cristo y sus seguidores por otra, se daba, por tanto, una analogía estructural: en ambos colectivos había formas de solidaridad suprarregional, una promesa de cambio de vida, cohesión por encima de la clase social, un cierto estado de privilegio frente a todos los otros que vivían sin relación con el 'soberano universal'.

Por eso, Juan tenía que luchar contra el culto al emperador y contra la asociación que lo apoyaba, la *konion Asías*. Este culto (Ap 13-17) fue elevado a religión estatal durante el siglo I por Augusto, pero tomó proporciones extraordinarias en tiempos de Domiciano, amenazando con sumergir a todas las cristiandades de Asia Menor, región en la que el culto al emperador había llegado a ser más floreciente y sus ciudades se emulaban en erigir templos al emperador de turno. Concretamente, el emperador romano Domiciano pretendía ser la encarnación del dios Apolo, uno de cuyos símbolos es la langosta. Es muy posible, por tanto, que el ángel del abismo, que es el rey que capitanea el ejército de las langostas y en griego se llama Apolion, un despectivo de Apolo (9,12), haga referencia a este emperador romano, que reinaba precisamente cuando se escribía el Apocalipsis.

Los cristianos resistieron valientemente, por lo que Domiciano desató una cruenta persecución contra ellos. La bestia del mar es precisamente el emperador y la asociación la bestia de la tierra, el falso profeta que salía de la tierra e imponía el culto de la bestia del mar a todos los hombres (Ap.13,1; 11-12). La mujer que cabalga la bestia es la diosa Roma y la bestia el imperio romano personalizado en el divino Augusto, consorte de Roma en los templos oficiales de Asia Menor. Es este poder religioso bien organizado y el sistema político lo que Juan tiene que combatir en su mensaje a las siete Iglesias de Asia. Esta situación se mantuvo a lo largo de dos siglos hasta Constantino. En ella se hacían a los cristianos dos acusaciones: a) la de *asebeia* o impiedad, e.d. de recha-

zar la majestad del emperador y b) la de ateos, e.d. de rechazar las divinidades del Imperio. Estas dos eran las causas de las persecuciones<sup>21</sup>.

Pero en realidad la situación social era diferente: los seguidores del emperador eran el estamento social dominante y los dependientes de él; los seguidores de Jesús eran los grupos urbanos de todos los estamentos excluidos del poder. Aquellos eran grupos y procesos político-sociales; éstos eran grupos que producían cambios religiosos. Sin embargo, la similitud estructural existente podía convertir a ambos grupos en rivales por incompatibles dentro de una sociedad en la que se entretejían los procesos políticos y los procesos religiosos. En las visiones del Apocalipsis, el vidente expresó con crudeza esta incompatibilidad, no tanto a partir de los conflictos y persecuciones reales, sino más bien a partir de los conflictos previstos y de la intuición lúcida de los antagonismos de fondo entre unos y otros procesos.

## 7. LOS EMPERADORES ADORADOS EN VIDA

Los emperadores que afirmaron su propia divinidad mientras vivían fueron Calígula, Nerón, Vespasiano y Domiciano, quienes fueron gobernantes débiles y vulnerables y víctimas del fracaso o del desastre. Los títulos más usados eran *dios*, *divino*, *augusto* (adorable), *hijo de Dios*, *salvador*, *señor*. Todos ellos herían vivamente a los judíos, que profesaban el monoteísmo y, por la misma razón, a los cristianos. Por su parte, los autores latinos narran actos blasfemos de divinización de los emperadores al relatar cómo los emperadores suben a los cielos (Suetonio, *Julio César*, 88; *Augusto*, 100,4). Según cuenta Plinio el joven, el emperador Trajano le aconseja que no busque a los cristianos, pero que, ante la denuncia anónima de que lo son, lo compruebe, haciéndoles ofrecer incienso y vino a la estatua del emperador y de los dioses. De ahí que el Apocalipsis (17,3), presente al imperio romano como *una bestia escarlata cubierta de nombres blasfemos*, que son los epítetos divinos tributados a los emperadores romanos, que en 13,1 los llevaban sobre sus cabezas.

<sup>21</sup> Cf. REICKE, B., «The inauguration of catholic martyrdom...», *Augustinianum* 20 (1980), pp. 275-283.

Los emperadores eran el primer senador (*princes senatus*), tenían en sus manos todo el poderío militar (*imperium*) y eran el Tribuno de la plebe, con autoridad para convocar al senado y al pueblo. Además detentaban la suprema autoridad religiosa (*pontifex maximus*), a quien el senado había concedido desde el principio del imperio (27 a.C.) el título de *Augusto*, que tenía ciertos tintes de carácter sagrado. También conviene recordar que los emperadores romanos elegían a su sucesor en vida, adoptándolo como hijo, que heredaba el imperio a la muerte del padre.

Casi todos los emperadores del tiempo del Apocalipsis tuvieron un trágico final. Según el vidente de Patmos, cinco de ellos *cayeron* (17,9), es decir, no murieron de muerte natural.

## 8. CONCLUSIÓN

El Apocalipsis quiere responder a la situación de crisis que la Iglesia experimentaba a finales del siglo I. Las exigencias del culto imperial y la persecución de Domiciano desvelaron el conflicto que opone, de forma irreductible, las pretensiones usurpadoras y sacrílegas del mundo que erige sus dioses y el reconocimiento del único Dios verdadero y de su Cristo, de cuyo testimonio debe ser portadora la Iglesia. Por otra parte, la adversidad y la experiencia de la persecución favorecían en algunas comunidades la relajación, el desánimo o la exasperación. Ante esta situación el autor del Apocalipsis quiere, por encima de todo, introducir una reflexión teológica sobre la condición de la Iglesia y la significación y compromiso del conflicto y de las tentaciones a las que tiene que hacer frente, y, con ella, llevarla aliento en la resistencia y esperanza en una vida feliz.

El Apocalipsis no encuentra términos suficientemente duros para estigmatizar la iniquidad de Roma, la *gran prostituta* (17,1) que es la responsable de los males que afligen a los cristianos y sus días están contados. Tal violencia verbal encuentra sus raíces en la persecución de Nerón y también en la de Domiciano, cuyo alcance exacto se ignora, pero que parece haber castigado muy particularmente al Asia Menor. Y hay que tener en cuenta que tanto Julio César como Augusto establecieron una legislación sobre sectas, que recaía también sobre las iglesias cristianas.



Pero el Apocalipsis no sólo tuvo vigencia a finales del siglo I, ayudando a los cristianos a descubrir sus compromisos y mantener sus esperanzas entonces, sino que sigue teniéndola también ahora. Hoy día también el Apocalipsis nos puede ayudar a discernir la situación actual del mundo y nuestros compromisos con él. Pues, con frecuencia, el poder político se ayuda de la propaganda emitida en los medios de comunicación (poder cultural) para imponerse a la religiosidad de los cristianos. Juan Pablo II que gritó al mundo constantemente: *No tengáis miedo de acercaros a Cristo*, nos dejó esta lección en la exhortación apostólica *Iglesia en Europa* (EE, 23,5): «El Apocalipsis nos pone ante una palabra dirigida a las comunidades cristianas para que sepan interpretar y vivir su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz de la victoria definitiva del Cordero inmolado y resucitado. Al mismo tiempo, nos hallamos ante una palabra que compromete a vivir abandonando la insistente tentación de construir la ciudad de los hombres prescindiendo de Dios o contra Él. En efecto, si esto llegara a suceder, sería la convivencia humana misma la que, antes o después, experimentaría una derrota irremediable. El Apocalipsis trata de alentar a los creyentes: más allá de toda apariencia, y aunque no vean aún los resultados, la victoria de Cristo ya se ha realizado y es definitiva. Esto es una orientación para afrontar los acontecimientos humanos con una actitud de fundamental confianza, que surge de la fe en el Resucitado, presente y activo en la historia».